HELMANTICA

REVISTA DE HUMANIDADES CLASICAS

PONTIFICIA UNIVERSIDAD ECLESIASTICA.-SALAMANCA

AÑO IV — MAYO-AGOSTO DE 1953 — NÚM. 14

La Matanza de los pretendientes

(Odisea, XXII)

¿CINE O LITERATURA?

«Yo soy aquel que con los oídos ve...»
Ὃδ' ἐκεῖνος ἐγῶ, φονῆ γὰρ ὁρῶ.
Edipo en Colono, 138.

Rapsodia bélica, tipo de Ilíada, que forma el crucero de la Odisea. Su estilo es de lucha, de movimiento, y recuerda los buenos tiempos guerreros de la Ilíada. Dos grandes partes abarca: 1.ª la matanza de los pretendientes; 2.ª la muerte de las mujeres, coronadas por un breve epílogo final. El secreto poético de este libro está en el dramatismo mismo de la acción, que constituye el desenlace de toda la trama de la Odisea, y en la manera tan artística de tratar el argumento, expuesto a la monotonía. Se trata de muchas muertes. Son 118 los hombres y 12 las mujeres que van a morir. Hacer una enumeración o catálogo de muertes sería como sepultar bajo un montón de huesos una caudalosa fuente. ¿Como lo tratará Homero? ¿Cuántas muertes describirá? ¿Cómo se arreglará para que no se pierda una gota de este manantial poético sino que se aproveche y se sienta todo su dramático caudal? He aquí la gran lección estética que Homero nos va a enseñar.

Universidad Pontificia de Salamanca

1.—La matanza de los pretendientes.

¿Cómo está dispuesta? En dos encuentros de muerte separados por una peripecia. En el primer encuentro mueren tres y en el segundo diez. La peripecia sirve para acrecentar la tensión dramática de la lucha. Tras el segundo encuentro viene la escena de las súplicas: tres son los suplicantes, uno es matado y dos perdonados. En estas cuatro escenas o medallones se divide toda la matanza de los pretendientes.

a) *Escena primera: Primer encuentro de muerte.*

Contiene, como antes hemos dicho, tres muertes: muerte de Antínoo, muerte de Eurímaco y muerte de Anfínomo. ¿Por qué primero la de Antínoo? Porque era el cabecilla de los pretendientes, el más descarado y fementido. ¿Por qué Eurímaco el segundo? Porque era el cabecilla segundo, falso también como él y fementido. ¿Por qué Anfínomo el tercero? Sin duda por contraste. Era el más moderado de los pretendientes, al que se había acogido Ulises en el palacio cuando los demás le injuriaban, pero en el fragor de la lucha y rebosar de la cólera, aun éste había de caer... aunque no herido por Ulises sino por Telémaco.

MUERTE DE ANTINOO. «Entonces él se quitó los andrajos—el de tantos recursos Ulises— y saltó al gran umbral, con el arco y la aljaba repleta de flechas, y rápidas derramó las saetas allí ante sus pies, y a los pretendientes dijo: Este imposible certamen ya está terminado. Ahora a otro blanco —al que nadie ha disparado— voy a apuntar yo, a ver si le doy y me da gloria Apolo... Dijo, y contra Antínoo apuntó la amarga saeta. Claro está, él hermosa copa iba a levantar, de oro, de dos asas, y ya entre las manos la movía para beber el vino. La muerte ni le pasaba por el pensamiento. ¿Quién iba a pensar que estando los hombres comiendo uno solo entre tantos —por más valiente que fuese— le había de traer la muerte fatal y la parca negra? Pues a él Ulises le apuntó a la garganta y le dió con la saeta. Por atrás del delicado cuello salió la punta. Se inclinó a un lado, la copa se le cayó de la mano herido... y enseguida

Universidad Pontificia de Salamanca

un chorro espeso por las narices salió de sangre humana. Rápido de sí apartó la mesa pegándola con el pié y se desparramó la comida por tierra, y pan y carne asada se manchó.

Ellos se alborotaron —los pretendientes— por la casa, cuando vieron al hombre caído. De los sillones saltaron aterrados por la sala, a todas partes mirando por los muros bien macizos. Ni escudo por ningún lado había ni lanza defensora que poder coger. Y empezaron a reñir a Ulises con coléricas palabras: «Extranjero, en mala hora disparaste a hombres. Ya te puedes despedir de más certámenes. Ahora tienes segura fulminante ruina. Pues acabas de matar al hombre que era el mejor de los jóvenes de Itaca. Por eso a tí aquí los buitres te han de comer».

Así decía cada uno, porque creían claro está, que le había matado sin querer. No sabían los necios que ya a ellos también —a todos— les cogía el dogal de la muerte. Así con mirada de dragón les dijo el de tantos recursos Ulises: «¡Ah perros!, no creíais que yo había de volver otra vez a mi casa desde el pueblo de Troya, y por eso me destrozábais la casa y violabais a mis criadas y viviendo yo pretendíais todavía a mi esposa, sin temer a los dioses que habitan el ancho cielo, ni a que la ira de los hombres había de venir detrás. Ahora a vosotros también, a todos, os cogió el dogal de la muerte.» Así dijo, y a todos —cómo no— les sobrecogió el pálido terror, y miraba cada cual por dónde escapar de la fulminante ruina...»

Estamos en la misma médula dramática de la Odisea, en el tuétano de su cumbre poética. Natural que relampaguée en ella lo sublime y fascine con su descripción fantástica. Ha muerto el cabecilla de los pretendientes, el que tantas veces señaló con el dedo la parca que había de caer el primero a manos de Ulises, el que quiso matar a Telémaco en la mar y en la tierra, el que acosaba insolente a Penélope, el que tiró con el duro banquillo a Ulises paciente... Y había que preparar y describir su caída como lo hacía esperar su figura, el ser el primero de los caídos, y sobre todo la solemnidad del momento crucial del poema. Había que responder a la espectación, y el poeta responde con la plenitud de inspiración con que en estos momento responde siempre Homero.

Dos corrientes emotivas se juntan aquí hasta chocar en su intensidad máxima: una, la de Ulises vengador e incógnito que va a ras-

Universidad Pontificia de Salamanca

gar el incógnito con la punta de sus flechas... y de sus palabras más aceradas todavía que sus flechas; otra, la de los pretendientes inconscientes que no entienden lo que ven y que van reaccionando ante lo que pasa y oyen como quien sale de un sueño. Este juego de sorpresa en su trágica ironía de la muerte es lo que constituye el secreto del encanto estético de este trozo.

Empieza el poeta por hacer a Ulises tomar posiciones próximas a la muerte, que nosotros sabemos a dónde van y que los comensales no saben... Nota que aumenta lo trágico: Quitarse los harapos... para estar más libre, saltar al medio del umbral... para cerrar toda salida, el arco y la aljaba en la mano bien llena de flechas para matar más a mansalva, tirarlas delante de los pies para tenerlas más a mano... todo esto está diciendo —para nosotros que lo sabemos— que viene la muerte. En cambio, para ellos no dice nada... Y nada les dicen tampoco las dobles palabras del héroe con que les anuncia la muerte... para nosotros que lo sabemos. En cambio para ellos... «Este certámen imposible ya está terminado. Ahora a otro blanco, al que aún no ha disparado todavía mortal alguno, voy a tirar, a ver si le doy y me da también gloria Apolo»... Dijo, y apuntó hacia Antínoo la amarga saeta....

Estas breves palabras de doble sentido tienen el vértigo de lo sublime. ¿De dónde viene su emoción? De pasar de un mundo a otro. Del mundo material, que es el blanco anterior de las hachas, al mundo espiritual que es el blanco actual de los hombres. Y este salto más que lírico de un mundo a otro es el que produce el vértigo y la sacudida espiritual que llamamos sublime. Ejemplos de esto tenemos en Demóstenes. En la segunda Filípica dice: «Hay muchos recursos inventados para la defensa y salvación de las ciudades: parapetos, murallas, fosos, mil otros. Pero todos estos están hechos por mano de hombres y cuestan dinero. Pero hay una defensa al alcance de todos, enraizada en el alma de todos los sensatos, que es una bendición y una salvación para todos. Y ¿cuál es ésta? La desconfianza...» Este paso de la defensa material a la defensa espiritual es lo que hace aletear lo sublime. Más claro y elocuente en el Pro Corona: «Y esa muralla que tú me criticas, y esos fosos, dignos los creo de gratitud y alabanza, ¿por qué no? Pero con todo, los pongo por debajo de mis hechos políticos. No es con piedras con lo que amurallé la patria ni con ladrillos, no, ni es esto precisamente lo que

Universidad Pontificia de Salamanca

más estimo. No, si quieres examinar mi verdadera muralla, encontrarás armas y naciones y posiciones y puertos y escuadras y ejércitos y todo cuanto defendió a éstos. Esto fué lo que puse delante del Atica y con esto amurallé la nación, no los confines del Pireo ni de la capital». Este salto de la muralla material a la muralla espiritual formada por aliados, escuadras y ejércitos, es lo que constituye la sublimidad de este párrafo. Así «voy a apuntar ahora a otro blanco al que nadie ha disparado», este doble sentido de la palabra «blanco» que el lector entiende y que le hace saltar en un instante de un mundo al otro, es lo que le produce la sacudida en el alma. Sacudida acrecentada por la fuerza secreta de la sugerencia, por lo trágico de lo que sugiere y por el contraste de la inconsciencia ajena.

Con estos sólos cuatro rasgos descriptivos —quitarse la ropa, ponerse en la puerta, coger el arco y la aljaba, vaciar las flechas— ha preparado la escena imponente. Y sin embargo, qué intensidad en tanta brevedad. ¿Por qué? Por lo gráfico y típico de los cuatro rasgos elegidos —los más esenciales— y por lo gráfico y vivo de su expresión. En vez de decir «se puso en la puerta» dice «saltó a la puerta grande», indicando en el «salto» su resolución de león y en el «grande» el peligro de la posición ocupada y la grandeza que suponía el sostenerla. En vez de decir «con el arco y la aljaba», dice «con el arco y la aljaba repleta de flechas» sugeridora del número de muertes que se avecinaba y del número de los que había que matar. Estaba bien repuesto y ni aun así habían de llegar. En vez de decir «vació la aljaba» dice «desparramó las saetas veloces allí ante sus pies», sugiriendo en el «veloces» la impaciencia de las saetas, y en el «ante sus pies» la expedición, facilidad y rapidez con que las quería lanzar. Tanto dice en estos cuatro rasgos que abarcan cuatro versos.

Pero Homero no sólo describe sino que habla, y si en la descripción late tanto jugo emotivo, en la elocución se derrama. Tres versos nada más. Pero qué tres versos más repletos de emoción... como la aljaba de flechas... Su emotividad radica en el contraste entre los dos blancos, único tema de la exclamación y única punta de la acerada flecha: «El primer certamen ya ha acabado, ahora vamos a otro...» Pero esto dicho también de una manera viva y sugerente que se va clavando en la carne del corazón. En vez de decir sim-

Universidad Pontificia de Salamanca

plemente «Este certamen ya ha terminado», dice «Este certamen imposible ya está terminado», sugiriendo en lo «imposible» que quien terminó aquél, qué no será capaz de terminar... En vez de decir: «Ahora vamos a otro certamen», dice «Ahora vamos a otro blanco». Sugiriendo la acción de apuntar y el objeto concreto que apunta con flecha de doble punta, —una mirando al blanco material para los pretendientes y otra mirando al blanco humano para el lector— concreto que especifica más con la frase siguiente «blanco al que nadie todavía ha dado....»— impresionante también por su doble punta, una que mira al certamen anterior de las hachas al que nadie tampoco había dado, y otra que mira a la víctima que va a caer... Doble sentido atenazador que sigue en las dos últimas frases: «A ver si le doy y me da gloria Apolo». Frases que dejan pendiente en el aire la impresión de lo trágico y de un rápido trágico. Es el arco, es Apolo, es la fiesta del arco de plata...

Dijo y contra Antínoo dirigió la saeta de punta aguzada... Ya ha hecho el poeta la preparación. Ahora va a describir la acción. Si la preparación ha ocupado siete versos, ésta tiene nueve, repletos como los anteriores de emotividad que revienta. La fuente de la emotividad está en la sorpresa y ésta es la que el poeta pinta con los contrastes más hirientes. Pinta y razona... ¿Qué contrastes escoge? Por un lado el momento y la acción que más refleja inconsciencia: Cuando Antínoo iba a beber. Y esta inconsciencia se complace el poeta en recargar: «Iba a levantar la copa para acercarla a los labios, y tan ía iba a levantar que la tenía ya en las manos y la movía para beber el vino...» ¡Mayor inconsciencia trágica! Y el poeta quiere hacer resaltar todavía más los colores de fiesta para que el contraste de muerte resalte más fiero. Por eso dice que la copa era hermosa, de oro —tan gozoso estaba— y además que era grande, para ser cogida a dos manos —tan buen trago se prometía— y el poeta en esa actitud se detiene a ponderar su insconciencia dejándonos a nosotros penetrar más en su ánimo y presentir más su fatal desengaño y mascar lo trágico que se le viene encima— emoción torturadora del ánimo aunque estéticamente gratísima: «No le pasaba por el ánimo la idea de la muerte. ¿Quién iba a pensar —y aquí enfrenta los dos polos del contraste con sus detalles más hirientes— que estando comiendo —idea de tranquilidad— uno solo entre muchos —idea de

Universidad Pontificia de Salamanca

seguridad-- aunque fuese el más valiente —idea de imposibilidad— le iba a traer la muerte fatal y la parca negra?» Es la segunda parte del contraste razonado.

Pues bien, estando así —segunda parte del contraste histórico— Ulises le disparó a la garganta y le clavó la seta. Y por detrás del delicado cuello apareció la punta. Es la segunda parte del contraste de la sorpresa. Rápida como la misma sorpresa, breve y cortante como la flecha. El disparo a la garganta —precisamente a la garganta con que iba a beber, a la garganta con que tantas injurias había proferido, a la garganta con que respiraba— a esa garganta fué a disparar, y se la cosió con una flecha. Tan se la cosió que el delicado cuello la dejó pasar y la punta salió por la nuca. Es el arte de Homero: por los efectos declarar la causa. Esa punta de acero asomando por la nuca, qué impresión da de lo clavado que quedó Antínoo en su blando delicado cuello. Esta idea de blando y delicado, cómo aumenta por el contraste la impresión de lo trágico. Es un eco del «cáliz de oro, hermoso» de la primera parte.

Así ha descrito el poeta la acción. El arte como en la preparación. Seguir los datos cronológicamente y sorprender y seleccionar los más expresivos. En la preparación —primero quitarse la ropa, luego saltar a la puerta y después tirar las flechas al suelo—. Aquí el uno apuntar, el otro ir a beber, el uno disparar y el otro quedar atravesado. Y en ambos cuadros la intensificación de la emotividad por la intervención del poeta. Allí por la boca de Ulises: «Ahora a otro blanco», aquí por la consideración del mismo poeta: «¿Quién lo iba a pensar?...» ¡Maravillosa inspiración de estos dieciséis versos! Y siguen otros catorce émulos de los anteriores con las consecuencias de la acción. Consecuencias en el herido y consecuencias en los pretendientes.

Consecuencias o efectos en el herido. En seis se fija el poeta, reveladoras de lo mortal de la herida y de la confusión de la sorpresa. Todas fotográficas, es decir recogidas por el sentido de la vista, y todas cronológicas con sucesión rapidísima —casi simultánea— por eso el poeta repite «enseguida», «inmediatamente». Nosotros le vemos con Homero primero «inclinarse a un lado», segundo «soltar la copa de las manos», tercero «saltársele un chorro de sangre por las narices», cuarto «echar de sí la mesa pegándola con los

Universidad Pontificia de Salamanca

pies», quinto «rodar la comida por el suelo», sexto «mancharse el pan y la carne». ¿Qué impresión dejan en el alma estos seis flechazos? Impresión de muerte —inclinación, caída, chorro espeso de sangre— impresión de contraste —*in musica planctus:* copa y comida rodando —impresión de confusión —mesa por los suelos tirada con los pies —impresión de degeneración y relajamiento— pan y carne manchados, y el otro que no pensaba más que en comer y en beber... Precisamente bebiendo le había de matar...

Efectos en los pretendientes. La cámara fotográfica de Homero sorprende tres: Uno ocular-auditivo —«gritos y alboroto cuando vieron al hombre caído»— y otros dos oculares —«saltar de sus asientos aterrados» y «mirar por todas partes a los muros en busca de armas». Todos dejan igualmente la impresión de sorpresa y alarma y confusión y terror y defensa... Pero no había armas con que defenderse: ni un escudo, ni una lanza... ¡Estaban tan bien recogidos!... Entonces se defienden... con palabras. Es el primer grado de defensa. El poeta los va a ir agotando todos. La ley del crescendo.

Los pretendientes increpan a Ulises con coléricas palabras: «Extranjero, en mala hora has disparado a un hombre. Ahora ha llegado tu ruina. ¿No ves? Acabas de matar al principal de Itaca. Los buitres te van a comer aquí»... Es otro elemento nuevo de la descripción homérica: la expresión de los sentimientos por medio de exclamaciones, apóstrofes, dialogismos. Otro elemento nuevo de la descripción homérica tan emotiva, donde lo descriptivo está siempre subordinado a lo emotivo y empapado de emoción.

La emoción de este cuadro está en el terror, la consternación, el instinto de defensa: por eso se levantan alarmados, desconcertados, miran por todas partes a ver si hay armas... e increpan terribles al héroe: «¿Así andas jugando con el arco? ¿No ves que has matado a un hombre? Prepárate para morir...» Y este contraste entre la inconsciencia de ellos, que no sabían explicarse el porqué de aquello que creían involuntario, y la realidad de Ulises que empezaba conscientemente la venganza —sólo del lector conocida—, hace saltar la chispa de lo emotivo. Chispa que provoca un incendio de interés al plantear el problema de la desigualdad —él contra todos y todos contra él— irritados furiosamente contra su alevosía e instigados por el instinto de la propia defensa. Problema que el poeta acentúa pintando su cólera en sus tres amenazas: «Ya te puedes despedir de

Universidad Pontificia de Salamanca

más certámenes, ahora ha llegado tu ruina, aquí te comerán los buitres»... Problema que el poeta complica al decir que no encontraban armas... «ni escudos ni lanzas...» Así uno sólo contra tantos, pero uno con arco y con flechas, y los otros sin armas... ¿qué pasará?

Ya ha llegado el momento de la manifestación de Ulises: Ya están tomadas todas las medidas. Ya están ocupadas todas las posiciones. Ya están rotas las hostilidades. Ahora ya se puede rasgar el velo del incógnito tan hábil y astutamente conservado para llegar a este momento. Ya puede despertar de una vez la inconsciencia de aquellos pretendientes para que abran los ojos a la realidad, a la más cruda y trágica realidad. Porque aunque veían al hombre muerto no podían despertar de su asombro: «Creían que le había matado sin querer, jugando con el arco...» No sabían los infelices que ya pendía sobre ellos —sí, sobre todos ellos— el dogal de la muerte. ¿Cómo no? Mirándolos a lo dragón les dijo el de tantos recursos Ulises:

«¡Ah perros! ¿Creíais que yo no iba a volver ya más a mi casa? ¿Y por eso me hicisteis todas las injurias?... Ya está pendiente sobre todos vosotros el dogal de la muerte...» Es la terrible manifestación de Ulises, la más trágica de sus anagnórisis. Tragedia que nace del despertar fulminante de la noche al día, de la noche de la inconsciencia al día de la realidad. Tragedia que nace de verse todos en un momento ante Ulises, a quien muchos no conocían y a quien daban ya por perdido. Tragedia que nace del rápido confirmarse en su interior de que esto tiene que ser así, porque sólo así tiene explicación todo lo que han visto tan inexplicable. Tragedia que nace de la acusación de su conciencia que en un instante les trae a la memoria todas sus injurias y torpezas. Tragedia que nace del terror que les inspira el hombre de quien han oído tales hazañas. Tragedia que nace, en fin, de su impotencia al verse así cerrados y sin armas... Tragedia de aquel momento de luz fascinadora, relámpago que ciega, rayo que congela. El dogal de la muerte pende sobre sus cabezas ..

Todos lo ven. Por eso el pálido terror se apodera de todos. Y no piensan más que en la huída. «Miraban por dónde escapar de la terrible muerte...» Pero estaban cercados. Tragedia y tragedia cumbre... Y entramos en la segunda fase: la reacción de los pretendien-

Universidad Pontificia de Salamanca

tes. Pero antes dirijamos una mirada de conjunto a este cuadro sin igual que acabamos de estudiar. La descripción de la muerte de Antínoo es de las mejores de Homero, como portada que es de la matanza de los pretendientes, blanco de todo el poema. Su secreto poético está en ser acto de venganza, el primer acto de venganza, y en desconocerse este carácter por los demás comensales consternados... hasta la manifestación de Ulises. Su secreto está en el brutal despertar de los pretendientes a la realidad. Su secreto está en el çontraste entre el inconsciente y regalado prócer que bebe y come entre copas de oro —tranquilo a pesar de su conciencia manchada— y el sorprendido herido que cae con copa y mesa y comida en el suelo. Su secreto está en la tragedia que se masca en todo el cuadro como si ya apretase a todas las gargantas el dogal de la muerte. Su secreto está en la técnica tan natural y tan perfecta de la composición: primero una preparación, luego la herida y la reacción: primero en el herido, luego en los comensales; y por último la manifestación. Su secreto está en la selección de los detalles —pocos— pero los más expresivos: tres en la preparación, cuatro en la herida, seis en la reacción del herido y tres en la de los pretendientes. Y todos ellos envueltos en emotividad como la carne de los banquetes homéricos en dos capas de grasa. Su secreto, por último, está en las palabras que hablan los personajes y en las reflexiones del poeta, que forman como cuatro fuentes de esta intensísima emotividad.

MUERTE DE EURIMACO. Ya ha manifestado Ulises su personalidad. Ya les ha amenazado con la muerte cercana. ¿Qué hacer? ¿Seguir matando pretendientes? No tendría interés irlos matando uno tras otro como una ametralladora. Hay que dramatizarlo. Hay que variarlo. La muerte de Antínoo es de un tipo: tipo descriptivo rico en orfebrería. La muerte de Eurímaco será de otro tipo: tipo dialogado y tipo defensivo, elementos totalmente ausentes de la primera.

Eurímaco fué el único que le contestó diciendo: «Si ya eres Ulises de Itaca que has venido, razón tienes para hablar así, que todo eso te han hecho los Aqueos, tantas indignidades en tu casa y tantas en tus campos. Pero él ya yace en el suelo, el que ha sido causa de todo, Antínoo. Porque éste nos metió en estos hechos, no pre-

Universidad Pontificia de Salamanca

cisamente por aspirar a la boda ni desearla, sino con otra intención que no le cumplió el Cronida: para reinar él en el pueblo de Itaca bien construída, después de haber matado a tu hijo en una emboscada. Pero él ya ha muerto conforme a sus méritos, tú perdona a tu pueblo. Que nosotros iremos luego recompensándote por el pueblo de cuanto se ha bebido y se ha comido en tus palacios, trayendo cada uno como reparación veinte bueyes por separado, y te pagaremos bronce y oro, hasta que tu corazón se regocije. Que hasta entonces nadie puede llevar a mal que estés irritado.

Mirándole a lo dragón le dijo el de tantos recursos Ulises: «Eurímaco, ni aunque me diérais todo vuestro patrimonio, cuanto ahora tenéis y cuanto pudiérais añadir, ni aun así contendría mis manos de la muerte antes de que los pretendientes paguen toda su villanía. Ahora no os queda más alternativa que luchar o huir, quien pueda escapar de la muerte y las parcas. Pero no creo haya nadie que escape de la muerte fatal». Así dijo, y les desfallecieron las rodillas y el querido corazón. Y Eurímaco les habló segunda vez de nuevo: «Oh amigos, porque no ha de contener este hombre sus manos invictas, sino que una vez que ha cogido su arco pulido y su aljaba, nos asaeteará desde ese liso umbral hasta que nos mate a todos. Por eso pensemos en la lucha. Sacad las espadas, parapetaros tras las mesas contra los dardos de rápida muerte y avancemos contra él todos unidos, a ver si le logramos desalojar del umbral y de las puertas y llegamos a la ciudad, y se da en seguida el grito de alarma. Que entonces pronto este hombre habrá disparado ahora su última flecha».

Y así diciendo sacó la espada aguda, de bronce, por ambos lados cortante y saltó contra él terrible gritando. Pero él al mismo instante —Ulises divino— el dardo dispara y le da en el pecho junto a la tetilla... y en el hígado se lo clavó, el rápido dardo. De la mano —¿cómo no?— soltó la espada a tierra y agarrándose a la mesa cayó retorcido, y tiró los manjares a tierra y la copa de dos asas. Dió en el suelo con la frente agonizante y pateando con los dos pies tiró el sillón. Sobre sus ojos se difundió la niebla»...

Esta es la segunda muerte... ¿Se parece algo a la anterior? Es totalmente distinta conforme a las nuevas circunstancias en que se encuentra la acción. La descripción que en la primera ocupaba el pri-

Universidad Pontificia de Salamanca

mer puesto pasa ahora a tercer puesto dejando el primero al diálogo y el segundo a la trama. Porque aquí se complica con nuevos elementos la trama excitando el interés de la peripecia. Vimos antes al poeta preocupado por igualar los dos frentes. Por un lado estaba Ulises armado, pero era él solo... con sólo tres ayudantes. Por otro lado estaba el número, pero no tenían armas. Por eso el poeta había tenido buen cuidado de decir que no las habían encontrado... La posición favorecía a Ulises y perjudicaba a los pretendientes. Suponiendo que la muerte de Antínoo había sido sin querer, los pretendientes podían creerse superiores para amenazar al mendigo forastero. Pero una vez que saben que es Ulises que ha querido comenzar por él la matanza de todos ellos, ya sienten su inferioridad y acuden a la súplica diplomática. ¿Y quién más indicado para llevar la voz por todos ellos que el diplomático, el falso y taimado Eurímaco, segundo cabecilla de todos ellos?

La súplica no cabe duda que está bien habilidosamente tejida como inspirada por el instinto de conservación. Primero reconociendo la verdad de todo lo que había dicho Ulises de sus desmanes: «Me habéis destrozado la hacienda, violado a mis criadas, pretendido falsamente a mi esposa estando yo vivo, sin temor a los dioses ni a mi venganza»...—«Es verdad —dice Eurímaco—. Si realmente eres Ulises, razón tienes para hablar así. ¡Tantas barbaridades como te han hecho los aqueos en el palacio y en el campo...» Hasta aquí concesión. Segundo derivación de las responsabilidades hacia el muerto. «Pero ya está en el suelo el causante de todo, Antínoo. Este es el responsable de todo, y no por las bodas sino por el reino... Que por ser él rey de Itaca, pensaba matar a tu hijo. Pero ya pagó su merecido. Tú perdona a este pueblo que es tuyo». ¡Qué bien ha echado toda la responsabilidad sobre el cabecilla, y para ganarse más la voluntad de Ulises le acusa de la traición contra su hijo... como si ellos estuviesen contra el muerto! Y acude otra vez a la concesión: «Por eso bien has hecho en matarle». Antes dijo: «Bien has hecho en quejarte», ahora «bien has hecho en vengarte»; Pero basta con él que es el causante... a nosotros perdónanos, que no tenemos culpa y somos tu pueblo».

La concesión de la justicia en el caso de Antínoo le prepara admirablemente el camino para la súplica y el perdón en su caso propio y en el de todos los demás... tocando las dos fibras que más pue-

Universidad Pontificia de Salamanca

den conmover a Ulises: la inocencia e inculpabilidad y los lazos de la tierra y de su como parentesco real... Al fin los súbditos y el rey forman como una gran familia, y ellos son su pueblo, sus súbditos, sus familiares...

¡Y ahora que vuelve a verlos después de tantos años! ¿No es verdad que está bien cogido el argumento?

Pero aún hay más. Como los males son reales y ellos han destrozado la hacienda del ausente, aunque el responsable principal sea Antínoo, ellos están dispuestos a satisfacerle de todo, hasta que diga *basta*. ¿Es esto para amansar su corazón? Sí. Porque indica su buena voluntad, su reconocimiento de lo mal hecho y su disposición para la compensación total. ¿Es para asegurar la salvación de su vida? Sí, porque si Ulises quiere —como es natural— compensarse, el camino más fácil es perdonar la vida a los que se lo han de procurar. Porque si los mata ¿cómo lo logrará? Buena voluntad, reconocimiento, generosidad «hasta que él mismo diga *basta*». ¿Qué más puede desear?—Y por último otra concesión final: «Porque antes no hay que llevar a mal que estés irritado». Concesión que admite la justicia de la compensación y lo razonable de su ira mientras la compensación no tenga lugar. Pero como para ello es necesaria su vida, esa ira no se la debe quitar...

Magnífica súplica diplomáticamente considerada. Toda ella va a amansar el corazón de Ulises, y por eso no le lleva la contra en nada y le da la razón en todo. Tres concesiones forman el nervio de toda ella: razón en lo que ha dicho, razón en lo que ha hecho, razón en lo que puede exigir. Tres concesiones graduadas que tienden a un mismo objetivo: al perdón y concesión de la vida. Tres concesiones matizadas para que tengan más efecto con la nota de inocencia y la nota de perdón y compasión. ¿Qué dice Ulises? ¿El de tantos recursos, el habilísimo Ulises? ¿Se dejará enredar por la habilísima diplomacia de Eurímaco?

«Mirándole a la dragón le dijo el de tantos recursos Ulises: «Eurímaco, ni aunque me diérais todas vuestras herencias —con lo que tenéis y con lo que podéis tener— ni aun así contendría mis manos de la muerte, antes de que paguéis los pretendientes toda vuestra villanía». Es la negación rotunda del objetivo: el perdón, la vida. «No contendré mis manos de vuestra muerte...» Es la negación ro-

Universidad Pontificia de Salamanca

tunda de las dos razones. ¿Inocencia? «Todos me tenéis que pagar toda vuestra villanía». Todos sois igualmente culpables y culpables de toda clase de infamias. ¿Compensación? De vosotros no la quiero si no es la de vuestra sangre...

Por eso no hay más que una alternativa: o luchar o escapar. Y como escapar es imposible, no hay más que luchar o morir... Terrible puñalada la asestada por el de tantos recursos Ulises al corazón de Eurímaco y al de todos los pretendientes.

La tensión dramática se aumenta. La diplomacia ha fracasado. ¿Qué hará ahora Eurímaco y los demás pretendientes? ¿Qué hará Ulises? ¿Los matará a todos como corderos? ¿Se dejarán matar? No, sería demasiado simplista. La trama de Homero tiene más complicación. Hasta ahora en la trama han intervenido los siguientes elementos de defensa: primero la búsqueda infructuosa de armas, segundo la amenaza de palabras—estos dos todavía de incógnito—luego, rasgado el incógnito, la súplica diplomática, y ahora —fracasada ésta— la utilización de las únicas armas que tenían a mano: la espada y las mesas. La espada de lanza y las mesas de escudo. Más tarde, en otro avance más de la trama, intervendrán las armas verdaderas.

La negativa rotunda de Ulises les hizo desfallecer. Eurímaco trata de reanimarlos para defenderse como puedan. «Este hombre está irreductible y nos acribillará a todos. ¡A defenderse! Espada en mano y mesa por escudo avancemos todos contra él a desalojarle de la puerta y dar la voz de alarma en la ciudad. Que entonces...» Y dando el ejemplo saca la espada —que todos llevaban al cinto— y el poeta se complace en pintarla para preparar el contraste —«era puntiaguda, de bronce, por los dos lados cortante»— y con ella en la mano «saltó Eurímaco contra Ulises gritando terrible». Son otra vez los rasgos descriptivos que recuerdan la muerte de Antínoo. Pero distintos. Allí Antínoo bebía distraído... aquí Eurímaco acomete consciente. Y de los tres rasgos, dos son oculares y uno auditivo: la espada con sus características, el salto y el grito. Y para matizar la escena el tono terrible: terrible la espada, terrible el salto, terrible el grito.

Ante esta terribilidad que nos impresiona y preocupa viene en contraste la serenidad y habilidad de Ulises que «al mismo tiempo —con una limpieza de flecha bruñida— le dispara un dardo que le da en el pecho junto a la tetilla y se le clava en el hígado». Es la ra-

Universidad Pontificia de Salamanca

pidez lo que ahora quiere el poeta hacer resaltar en esta segunda parte del contraste, como antes la terribilidad. Rapidez sintonizada con el arco y la flecha, como la terribilidad con la espada. Rapidez reflejada aun en la armonía imitativa del verso que parece que silba —ἰὸν ἀποπροίεις—, como antes la terribilidad que estremece φάσγανον ὀξύ, χάλκεον, ἀμφοτέρωθεν ἀκαχμένον... σμερδαλέα ἰάχων... Rapidez rematada al final en el «rápido dardo» «ὀϊστὸν βέλος».

Y siguen los efectos de la herida: «soltar la espada que cae a tierra, caer retorcido alrededor de la mesa, tirar la comida por el suelo y también la copa». Antínoo fué herido en la garganta, Eurímaco en el hígado. Homero busca siempre la variedad, y si la ha buscado en la preparación y en la herida, lo mismo la busca en los efectos, aunque en éstos es donde más se parece. Allí se le cayó la copa de las manos, aquí la espada que cae en tierra. Allí cae pegando la mesa con los pies, aquí cae alrededor de la mesa retorcido, allí tira la comida al suelo y aquí la tira también usando el mismo hemistiquio, allí el cáliz es de dos asas y aquí el vaso es de doble copa. Allí el chorro de sangre que le sale por la nariz, aquí la frente que pega en el suelo al caer en tierra, allí la mesa que pega con los pies, aquí el sillón que tira pateando...» Las dos son parecidas y las dos son variadas. La de Antínoo era más espectacular, como es natural siendo la primera y siendo la del primer cabecilla, ésta es más sobria. La de Antínoo todo el interés lo llevaba ella, pues no había trama sino es la de la sorpresa; aquí todo el interés lo lleva la trama, y la descripción sólo es secundaria; allí había más riqueza de elementos, más lujo de orfebrería; aquí más sobriedad, aunque no por eso menos impresionabilidad. Impresionabilidad que nace de los dos fracasos, el fracaso de la diplomacia y el fracaso del ataque.

MUERTE DE ANFÍNOMO.—Anfínomo es el tercero de la tercena. Como ya están agotados los dos métodos de la descripción —método descriptivo y método dialogado— y como la situación es la misma que la anterior, el poeta trae un tercer caso sólo para confirmar la lucha. Por eso le despacha pronto y varía en lo que puede. La preparación es casi la misma que en la anterior: «Anfínomo se lanzó derecho contra el ilustre Ulises y sacó la espada por ver si le retiraba de las puertas». La herida es variada: Aquí no es Ulises

Universidad Pontificia de Salamanca

sino Telémaco el que le hiere y no con dardo sino con lanza, y no por delante sino por detrás... «Pero Telémaco se le adelanta dándole por detrás con la broncínea lanza en medio de las espaldas y se la sacó por el pecho». El efecto de la herida es sencillo: «Resonó al caer, y pegó en tierra con toda la frente». La finalidad de esta tercera muerte es dar la impresión de la lucha, dar entrada a Telémaco, y preparar como timbre la nueva evolución de la lucha que va a ser con armas guerreras. El arco y las flechas ya se han agotado poéticamente, aunque la aljaba estaba llena de ellas. Hay que variar, hay que avanzar, y a ello se prepara el poeta. Veamos cómo enreda la trama.

b) *Escena segunda: Peripecia de la trama*

«Telémaco se retiró dejando la lanza de larga sombra allí en Anfínomo. Porque mucho temía no fuese que alguno de los Aqueos —mientras arrancaba la lanza de larga sombra— le acometiese con la espada o le atravesase inclinado. Por eso se fué corriendo y con toda rapidez llegó a su padre y puesto al lado le dijo estas palabras: «Oh padre, ya te traeré un escudo y dos lanzas y un casco todo de bronce que te ajuste bien a las sienes. Y yo también me armaré a la vuelta y le daré otras armas al porquerizo y al boyero. Porque estar armados es mejor».

Y Ulises, el de muchos recursos, le contestó así: «Tráelos corriendo, mientras me quedan flechas para defenderme, no sea que me desplacen de la puerta estando solo».

Así dijo, y Telémaco obedeció a su padre querido y se fué al aposento donde tenía las ínclitas armas. De allí sacó cuatro escudos, ocho lanzas y cuatro cascos de bronce empenachados. Se vino con ellos y con toda rapidez llegó a su padre querido. Se puso él primero el bronce alrededor de su cuerpo, y de la misma manera los dos criados se vistieron la hermosa armadura y se pusieron junto al prudente Ulises, tan variado en recursos.

Y él, mientras tuvo flechas para defenderse, seguía disparando e hiriendo siempre uno por uno a los pretendientes en su casa, y ellos amontonados caían... Pero cuando ya le faltaron las flechas al rey flechador, dejó inclinado el arco contra la jamba del sólido salón, contra el claro muro de la puerta de entrada. Y él se echó sobre

Universidad Pontificia de Salamanca

los hombros un escudo de cuatro capas, y en su real cabeza puso un sólido casco con penacho de crines de caballo, y terrible el penacho se movía encima. Y cogió dos fuertes lanzas con punta de bronce».

El poeta está cambiando el escenario para el nuevo acto. Hemos asistido al primer acto de la matanza con arco, ahora vamos a asistir al segundo de la matanza con armas. Y en el entreacto hay que cambiar de trajes y de decoración. Es interesante la naturalidad con que lo ha preparado introduciendo a Telémaco matando con lanza a Anfínomo y ofreciéndose a su padre para traerle armas. «Porque estar armados es mejor». Y la naturalidad con que le dice Ulises: «Tráelas pronto mientras me duran las flechas»... Es interesante el arte con que liquida el arco y las flechas. Vuelve Telémaco con las armas, se las viste él el primero, luego las da a sus ayudantes y se ponen los tres armados junto a Ulises que estaba defendiendo la posición de la puerta. Este, mientras tiene flechas, sigue clavándolas de uno en uno siempre en los pretendientes... hasta formar un montón con tantos muertos. Sólo cuando faltaron las flechas al flechero monarca, dejó el arco apoyado en la puerta y se puso las armas...

¿Veis el arte de Homero? Ha agotado las flechas, la aljaba estaba repleta de ellas, los muertos forman montón... Y sin embargo ¿cuántos ha descrito? Propiamente dos, porque el tercero murió a lanzada por Telémaco. Los demás los ha descrito genéricamente: «Siguió matando mientras tuvo flechas y los muertos formaban montón»... Es el principio del «*ab uno disce omnes*» y del «para muestra basta un botón». Todos los demás cayeron como aquellos. Describirlos a los demás sería monotonía.

¿Veis el arte de Homero? Pudiera haber liquidado lo del arco inmediatamente después de las muertes primeras, poniendo lo general después de lo particular, pero sabe entrelazar las escenas —preparando primero lo que viene— antes de dejar lo que pasa. ¿Y con qué arte? Con el arte del relleno del tiempo. Ulises tiene que agotar las flechas. Sólo le hemos visto disparar las dos primeras. Como seguir mirándole más sería monótono, el poeta nos distrae mientras tanto con otra cosa, dejando tiempo a Ulises para que siga tirando y agote las flechas. Pero —otra vez el arte de Homero— la distracción no es pérdida de tiempo, sino toda ella va enderezada

Universidad Pontificia de Salamanca

al fin, a la marcha de la acción. Así en cuanto acaba las flechas, cuenta Ulises con tres compañeros armados a su lado que le defienden la puerta, y con armas también para él con que poderse armar. Esto es componer con variedad y con orden y con entretejido de tapiz.

Pero no es esto solo: es la renovación que experimenta la lucha al pasar del arco y las flechas a las armas del frente de guerra —el escudo, la lanza, los cascos— trasladándonos a los épicos encuentros guerreros del frente de Troya. Por eso este canto es eminentemente épico y renueva el estilo de la Ilíada —con sus epítetos y frases típicas—. ¿No estará esta sintonización preparando poéticamente la aparición de los héroes de Troya en el canto final con la apoteosis de Aquiles? El nombre de «Troya la malhadada» y el nombre de «Helena traída de Troya» del canto siguiente, y el bélico encuentro final parecen sostener esta trayectoria.

Ya está Ulises armado. Ya están sus compañeros armados. Actuar ellos con armas contra los que quedaban inermes tendría poco interés. Hay que equilibrar la lucha, hay que complicar la trama. ¿Cómo? Dándoles a ellos también armas, de modo que no se sepa quién ha de vencer, de modo que se tiemble por la suerte de Ulises. ¿Pero cómo darles armas? Por medio de una peripecia inesperada y por lo mismo tanto más impresionante. Veamos el arte con que la describe Homero. Primero prepara el contraste: Ulises, preocupado por todo, cierra todos los escapes. El tan previsor ha mandado encerrar todas las armas, él tan previsor ha ocupado la única salida de la puerta, él tan previsor manda al porquerizo que vigile la ventana o puerta falsa del salón que da al pasillo de fuera, él tan previsor... no sabe que le va a fallar una de estas tretas.

«Había un ventanal o puerta falsa en el muro bien construído a la altura del descansillo que hacía el muro del salón bien construído. Daba salida al pasillo, con puertas bien ajustadas. Esta pidió Ulises al buen porquerizo que la vigilase poniéndose cerca, pues era la única salida». Ya está puesto un lado del contraste: la preocupación, la previsión, el cortar toda salida... Ahora va a preparar el segundo, que será antitético del primero. ¿Cómo? ¿Forzando esta salida a pesar del porquerizo? No, saliendo por otra solución inesperada y que complica tanto más la trama.

Agelao dice a los pretendientes: «O amigos, ¿no podría alguno

Universidad Pontificia de Salamanca

saltar por el postigo y hablar al pueblo para que se dé enseguida el grito de alarma? Entonces pronto este hombre hubiera disparado por última vez». Pero Melantio el cabrero le contestó: «No es posible, príncipe Agelao, porque están terriblemente cerca las hermosas puertas del patio y es peligrosa la boca del pasillo. Un sólo hombre, siendo valiente, nos contendría a todos. Pero mirad, yo os traeré armas para armaros del cuarto interior. Porque dentro, creo, y no en otro sitio colocaron las armas Ulises y su ilustre hijo».

«Así diciendo saltó Melancio, el pastor de cabras, a los cuartos interiores de Ulises por los tragaluces del salón. De allí sacó doce escudos, otras tantas lanzas y otros tantos cascos de bronce, empenachados. Corrió con ellos y en un instante se los dió a los pretendientes. Y entonces le desfallecieron a Ulises las piernas y el querido corazón, cuando los vió poniéndose las armas y blandiendo las largas lanzas. Grande le parecía la empresa»...

Hemos visto los choques del contraste. Primero cerrar bien por un lado: antes el cuarto de armas; ahora el postigo del salón o puerta falsa. Luego remachar en la proposición de Agelao y en la contestación de Melancio la imposibilidad de utilizar este postigo por dar a un pasillo muy estrecho e ir a desembocar frente a la puerta de entrada ocupada por Ulises y los suyos.

Una vez tapiada así a cal y canto esta primera parte del contraste viene la segunda sorprendente. Sorprendente ¿por qué? Porque en el ánimo del lector está que las armas están recogidas y cerradas en un aposento y que es imposible sacarlas de allí... Y ahora resulta que Melancio se presenta con tres docenas de ellas —escudos, lanzas, cascos— y los pretendientes se están armando ya. El ánimo del lector desfallece como las rodillas y el corazón de Ulises. Desfallece por lo impensado, desfallece por el número de armas —Telémaco sacó cuatro escudos, ocho lanzas y cuatro cascos, 16 en total— y Melancio trae doce de cada clase, 36 en total, —desfallece sobre todo por el número de combatientes armados— cuatro frente a doce... ¿Qué va a pasar aquí?

El interés de la trama aumenta con el interés de la peripecia. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Cómo se va a arreglar ahora Ulises? He aquí las dos preguntas que se hace el lector y he aquí los dos problemas que va a resolver Homero. El arte en plantearlos es su secreto. En vez de decir cómo el cuarto estaba abierto y cómo por

Universidad Pontificia de Salamanca

eso había podido Melancio sacar las armas, primero nos pone a Melancio sacando las armas —el efecto— y luego nos explica la causa. Lo primero lo último y lo último lo primero. El efecto preguntando la causa y la causa explicando el efecto. El planteamiento de los problemas estéticos... ¡Qué interés despierta este método en el ánimo del lector por saber lo que ha pasado y por ver cómo Ulises ingenioso sale airoso de esta nueva dificultad!

¿Qué ha pasado? «Enseguida dijo a Telémaco estas aladas palabras: «Telémaco, seguramente que alguna de las mujeres en el palacio nos está suscitando una mala batalla... o Melancio». Pero Telémaco prudente le contestó: «O padre, soy yo el que me descuidé —no es otro el causante—, que la puerta del cuarto —tan bien como cierra— la dejé solo empujada. El vigía de ellos ha sido más listo. Pero véte, buen Eurneo, cierra la puerta del cuarto, y observa si es alguna de las mujeres la que hace ésto o el hijo de Dolio, Melancio, que es quien sospecho».

Verdaderamente que Homero es también fecundo en recursos. La ida de Telémaco a por armas no sólo armó al bando de Ulises, sino que por una distracción muy explicable en quien sale cargado, dejó la puerta entreabierta y fué también ocasión de que se armase la parte contraria. Esto es matar dos pájaros de un tiro y solucionar con una sola cosa varios problemas. Es la fecunda sencillez del genio. Porque no solamente se arman así los dos bandos complicando la trama, sino que da ocasión a una escena de nuevo tipo que sirve de variedad, entre los dos encuentros de muerte, y prenuncia el método que se tendrá después para la matanza de las mujeres.

Así hablaban aquellos unos con otros. Fué otra vez al cuarto Melancio, el pastor de cabras, a buscar las armas hermosas. Lo notó el buen porquerizo y enseguida dijo a Ulises, que estaba cerca: «Hijo de Laertes, descendiente de Zeus, el de tantos recursos, Ulises: Aquél otra vez —¡hombre funesto!— el que pensábamos nosotros va al cuarto. Tú dime claramente: ¿le mato —si le puedo— o te lo traigo aquí para que pague todas las barbaridades que ha tramado en tu casa?» Y el tan ocurrente Ulises le contestó diciendo: «Anda, yo y Telémaco contendremos a los pretendientes soberbios dentro de la sala, a pesar de su furia, y vosotros dos, atándole atrás los pies y las manos arriba, echadle en el cuarto, cerrad las puertas detrás,

Universidad Pontificia de Salamanca

y atándole con una cuerda retorcida, colgadle de la alta columna hasta pegar con las vigas, para que sufra vivo largo tiempo acerbos dolores».

Así dijo, y ellos —¿cómo no?— le oyeron enseguida y obedecieron. Y se fueron al cuarto y no los notó él desde dentro. Estaba él en un rincón del cuarto buscando las armas, y los dos se apostaron a ambos lados de la puerta esperando. Y cuando apareció en el umbral Melancio, el pastor de cabras, en una mano llevando un hermoso casco y en otra el escudo grande, viejo, cubierto de polvo, del héroe Laertes, que de joven llevaba —ya ahora, claro, ya estaba retirado, y las costuras de las correas estaban deshechas— los dos —¿cómo no?— saltando le agarraron y le arrastraron hacia dentro por los pelos y en el suelo le tiraron a tierra a pesar de su fuerza y le ataron los pies y las manos con penosa cuerda muy bien vueltos hacia atrás con maña, como había mandado el hijo de Laertes, el de tanto aguante divinal Ulises. Le ataron con una soga retorcida y le colgaron de una alta columna hasta dar con las vigas. Y entonces mofándote le dijiste, porquerizo Eumeo: «Ahora ya qué bien, Melancio, vas a vigilar toda la noche en blanda cama tendido, como mereces. No se te escapará de seguro la madrugadora aurora cuando venga en su trono de oro de las corrientes del Océano, a la hora en que traías las cabras a los pretendientes a esta casa para hacer el banquete.

Así él allí quedó colgado de la soga mortal, y los dos se vistieron las armas, cerrando la puerta brillante, y se fueron a Ulises prudente, variado en recursos. Allí furor respirando se pusieron: unos sobre el umbral, cuatro; otros dentro del salón, numerosos y buenos».

Ya está el cambio de escenario. Pasma la sencillez de líneas y complicación de trama. Pasma la tensión dramática que logra dar a la nueva situación presentando a doce bien armados contra cuatro. Pasma la facilidad con que sabe descansar y distraer y la habilidad con que acierta a encontrar el tormento más acomodado para cada uno de los cabecillas: al descarado Antínoo matándole a mansalva, al cínico Eurímaco descubriendo su cinismo, al cabecilla de los criados que tan vilmente se portó con el amo torturándole también vilmente por mano de sus criados...

Universidad Pontificia de Salamanca

La descripción de esta tortura con la sorpresa de la captura, la suspensión de esta sorpresa esperando los otros fuera a que salga cargado, el azoramiento del que sale con las dos manos ocupadas y precisamente con el escudo viejo, cargado de polvo, de Laertes... el cogerle por los pelos, el arrastrarle, el tirarle, el atarle, el colgarle hasta casi pegar con el techo... son pinceladas de la mejor pantalla. Donde sorprende la riqueza y expresividad de los detalles pero mucho más la atracción y fuerza de la peripecia a que sirven. Sobre todo, el sarcástico apóstrofe de Eumeo aludiendo a las palabras de Telémaco: «Su vigía ha sido más listo que yo»... refleja todo el odio mal contenido del fiel criado para el criado infiel: «Ahora vas a vigilar toda la noche en la blanda cama que mereces... Ya te cogerá despierto la aurora y la hora en que traías la cabras a los pretendientes»... Palabras que traen a la memoria la vileza del criado cuando pegó a Ulises en el camino al traer las cabras para la ciudad, y que con el recuerdo justifican el refinamiento del castigo.

Después de esta renovación de la imaginación con lo pintoresco de esta tortura y el cambio de decoración, ya puede venir el segundo cuadro de guerra, que seguramente no se confundirá con el anterior.

c) *Escena tercera: Segundo encuentro de muerte.*

Ya están los dos grupos frente a frente «respirando furor». Los unos en el umbral, cuatro. Los otros dentro del salón: muchos y excelentes. Como el encuentro es sobrehumano, viene la idealización e intervención de lo maravilloso. «Junto a ellos se puso la hija de Zeus, Atenea, parecida a Méntor en el cuerpo y en la voz. Al verla gozóse Ulises y dijo: «Méntor, rechaza este ataque y acuérdate de tu querido amigo, que te hacía tantos favores. Ya que eres de mi misma edad». Así dijo, pensando que era Atenea, la sacudidora de pueblos». Ya ha reforzado con esta idealización el grupo débil. Ya ha equilibrado los frentes y más que equilibrado. La intervención de Atenea, protectora de Ulises en todos los momentos difíciles, reanima su corazón angustiado. No es Méntor, el mayor amigo de Ulises, compañero de la infancia, es Atenea, su mayor protectora, en figura de Méntor. Y tan acostumbrado está a esta intervención de Atenea y en este disfraz, que empezando por Méntor acaba por di-

Universidad Pontificia de Salamanca

rigirse a él en género femenino...: «ὁμηλικίη δὲ μοι ἐσσι eres mi *gemela*, en años»...

Reforzado el primer grupo pasa al segundo: «Los pretendientes por el otro lado gritaban en el salón. El primero en increparla fué Agelao, el hijo de Damástor: «Méntor, no te embauque Ulises con sus palabras para luchar con los pretendientes y defenderle a él. Porque esta es nuestra decisión que se ha de cumplir. En cuanto matemos a estos, al padre y al hijo, con ellos caerás tú... Tales cosas intentas hacer en esta sala. Con tu propia cabeza lo pagarás. Y cuando os hayamos arrancado las vidas con el bronce, las riquezas todas que tienes —las de dentro y las de fuera— las mezclaremos con las de Ulises, ni dejaremos a tus hijos vivir en los palacios ni a tus hijas y mujer insigne andar por la ciudad de Itaca».

Así dijo, y Atenas se irritó más en su corazón y riñó a Ulises con coléricas palabras: «Ya no tienes tú, Ulises, fuerza dentro ni valor ninguno, como cuando por Helena la de blancos brazos y glorioso padre nueve años enteros con los troyanos luchaste sin cesar, y tantos hombres mataste en terrible combate y por tu plan fué cogida la ciudad de anchas calles de Príamo. ¿Cómo ya ahora, cuando a tu casa y posesiones llegas, frente a los pretendientes te arrepientes de ser valiente? Ven acá, majo, ponte a mi lado y mira mi obra, para que sepas quién te es Méntor, el hijo de Alcimo, ante el fiero enemigo para pagar beneficios». Dijo, y no dió todavía completa y clara victoria, sino que aún probó el valor y la fuerza tanto de Ulises como de su hijo glorioso. Y ella se sentó volando en la viga del ahumado techo, a la golondrina parecida en todo».

El poeta ha explotado admirablemente la aparición de Atenea en disfraz de Méntor. Primero para reanimar a Ulises que conoció el disfraz, y segundo para preocupar a los pretendientes que no le cocen y hacerles proferir las injurias y amenazas que provocan la ira de Atenea. Injurias y amenazas que reflejan la confianza que todavía tienen ellos de vencer y la venganza que están dispuestos a tomar sin compasión de ellos, de sus posesiones, de sus hijos, hijas y mujer. ¿No están con esta confianza preparando el contraste de la derrota? ¿No están con estas amenazas justificando la venganza que de ellos toma Ulises? ¿No está todo ello preparando el interés de la trama con el choque de estos anhelos? ¿No está la imprecación de

Universidad Pontificia de Salamanca

Atenea al héroe de Troya —recordando los nueve años que estuvo allí matando hombres y tramando su caída— no está, repito, sintonizando todo este segundo encuentro de muerte con el ambiente de la Ilíada? Sí, hemos dicho que este es un canto épico, y su *máximum* lo alcanza en este segundo encuentro de muerte donde se forman frentes como en Troya y se lucha con armas como las troyanas. Por eso qué oportuna esta alusión —antes de empezar— a la guerra de Troya. Sobre todo hecha por Atenea, la diosa guerrera, a su héroe favorito. Así en esta remembranza de la Ilíada no está ausente ningún elemento épico.

«A los pretendientes los animaba Agelao, hijo de Damástor, y Eurínomo y Anfimedonte y Demoptólemo y Pisandro, hijo de Polictor, y Pólibo el práctico. Estos eran de los pretendientes los mejores con mucho en valor, de los que todavía vivían y luchaban por sus vidas. Que a los otros ya los había domado el arco y las espesas saetas. Agelao, pues, les habló dirigiéndoles a todos la palabra: «O amigos, ya parará este hombre sus manos invictas. Ahora Méntor se le fué y no ha dicho más que vanas jactancias y ellos quedan solos en las primeras puertas. Por eso ahora no disparéis todos juntos las largas picas, sino, mirad, los seis tirad primero, a ver si Zeus nos concede herir a Ulises y ganar gloria. De los otros no hay cuidado, una vez que éste caiga».

Así dijo, y todos tiraron, como había mandado, ansiosos. Pero a todas las hizo vanas Atenea. Uno dió en el poste del bien sostenido salón, otro en la puerta bien adaptada, la pica de otro cayó en el muro al peso del bronce. Y cuando ya evitaron las lanzas de los pretendientes, entonces les habló así el de tanto aguante divinal Ulises: «O amigos, ya también yo os digo a vosotros que disparéis contra el grupo de los pretendientes, que ansían destrozarnos sobre los males anteriores». Así dijo, y ellos todos lanzaron agudas picas apuntando de frente. A Demoptólemo mató Ulises, a Euriades Telémaco, a Elato el porquerizo, a Pisandro mató el mayoral de los bueyes. Así todos ellos mordieron con sus dientes el ancho suelo, y los pretendientes retrocedieron al rincón de la sala. Los otros se echaron encima y arrancaron las lanzas de los muertos.

Otra vez los pretendientes lanzaron picas agudas, ansiosos. Muchas las hizo vanas Atenea. Uno dió en el poste del bien sostenido

Universidad Pontificia de Salamanca

salón, otro en la puerta firmemente adaptada, el asta de otro fué a caer en el muro al peso del bronce. Anfimedonte dió a Telémaco en la mano sobre la muñeca ligeramente, y la superficie de la piel la rasguñó el bronce. Ctesipo a Eumeo sobre el escudo con la larga lanza el hombro rasguñó: la lanza voló por encima y cayó a tierra. Los del prudente y ocurrente Ulises dispararon contra el grupo de los pretendientes agudas lanzas. Entonces a Euridamante mató el destructor de ciudades, Ulises; a Anfimedonte Telémaco, a Pólibo el porquerizo, a Ctesipo además el Mayoral de los bueyes le dió en el pecho y le dijo gloriándose: «O hijo de Politerses, mordedor, no hables otra vez sin cabeza ni seas tan fanfarrón, sino déjaselo a los dioses que son mucho más fuertes. Este es el regalo por la pata de buey que tiraste al divino Ulises cuando pedía en su casa».

Así dijo el pastor de bueyes de retorcidos cuernos. Mas Ulises hirió al hijo de Damástor en un cuerpo a cuerpo con su lanza larga, y Telémaco a Leócrito, el hijo de Evenor, le hirió con la lanza en medio del costado, y sacó la punta de bronce por el otro lado. Cayó de cabeza y pegó en el suelo con toda su frente. Entonces ya Atenea levantó la égida —destructora de vidas— desde arriba, desde el techo. Y ellos quedaron sin sangre. Empezaron a correr por la sala como vacas en montón cuando las ataca el tábano zumbador, desparramándolas allá en la primavera cuando empiezan los días largos. Mas los otros, como buitres de retorcidas garras y curvo pico, que bajando de las montañas sobre los pájaros se lanzan; éstos por la llanura —temerosos de las nubes— andan, mas los buitres los destrozan avalanzándose sobre ellos; ni hay defensa ni huída, y disfrutan los hombres con la caza: así —¿cómo no?— los de Ulises acosaban a los pretendientes por la sala hiriendo a diestro y a siniestro. Escuchóse un gritar repugnante de cabezas heridas y el piso entero nadaba en sangre».

Todo este trozo épico está compuesto a base de dos frentes —el de Ulises y el de los pretendientes. Y a base de dos ataques y dos contraataques alternando. Atacan los pretendientes y contratacan los de Ulises. Precede una preparación y remata un epílogo.

Preparación: Destaca a seis entre todos los pretendientes. «A los seis que más se destacan por su valor entre los que quedan vivos y luchan por su vida. Que a los otros valientes ya los había domado

Universidad Pontificia de Salamanca

el arco y las espesas flechas...» Así suelda este segundo encuentro de muerte con el primero del arco, y así hace presentir que acabarán también estos valientes como acabaron aquellos. Y una vez destacados viene la arenga del jefe que era Agelao. El Agelao presentado más arriba sugiriendo la idea de salir por el postigo. «Méntor ha desaparecido —dice,— ahora quedan ellos solos. Por eso no tiréis todos las lanzas sino sólo los seis... Y todos contra Ulises. Los demás no nos dan cuidado». Es el último aprovechamiento poético de Méntor que ha estado sosteniendo los vaivenes psicológicos en la reacción de ambos bandos. Como las lanzas son doce y Méntor ha desaparecido, el jefe dispone que tiren sólo seis y todos contra Ulises. Así tendrían armas para dos disparos y queda estéticamente organizada la lucha.

Primer ataque: Efectivamente, disparan los seis ansiosos... con ansias de darle y con ansias de triunfo. Pero los seis yerran. Atenea hizo vanos los tiros. Y especifica el poeta con complacencia el yerro: dónde fué a parar cada lanza, digo sólo tres lanzas: una en el poste, otra en la puerta, otra en el muro. La lanza con peso de bronce...

Primer contraataque: Arenga del jefe: «También yo os tengo que decir ya a vosotros que disparéis contra el grupo de los pretendientes...» Y dispararon apuntando bien. Cuatro eran las lanzas y cuatro fueron los muertos. Dos de los seis antes nombrados y dos nuevos. Todos mordieron con sus dientes el ancho suelo. Los demás pretendientes se replegaron al fondo de la sala y Ulises con los suyos, que se habían quedado sin armas, pudieron recobrarlas.

Segundo ataque: Pero a los pretendientes les quedaban otras seis lanzas. Volvieron a disparar y volvieron a fallar, aunque aquí ya no fallan «todos» como antes, sino «la mayor parte». Repite con la misma complacencia y con las mismas palabras que antes el fallo de las tres lanzas —la del poste, la de la puerta, la del muro— y especifica también con detalle la herida de las que acertaron: Anfimedonte hirió a Telémaco en la muñeca, rasgándole la piel, sólo la superficie de la piel... y Ctesipo a Eumeo rozándole la lanza en el hombro. Son dos heridas bien veniales... pero en fin, ya este ataque no es en todo como el otro.

Segundo contraataque: Los de Ulises contestan y aciertan a cuatro otra vez. Dos de los seis primeros y otros dos nuevos. Telémaco mata al que le hirió y el boyero al que hirió a Eumeo, a Ctesipo.

Universidad Pontificia de Salamanca

Este casi cabecilla también, que se distinguió entre los pretendientes por sus injurias contra Ulises, tiene que quedar destacado también en la venganza. «Toma esta recompensa —le dice el boyero— por la pata que le tiraste a Ulises en su casa». Aunque no dice «que le tiraste» sino con mayor ironía «que le *diste* a Ulises cuando pedía en su casa». Así han ido desfilando en la venganza y han quedado destacados todos los que se distinguieron en sus injurias contra Ulises: Antínoo, Eurímaco, Melancio, Ctesipo...

Epílogo: Ya han muerto cuatro de los seis enumerados al principio, dos en cada ataque. Sólo quedan otros dos. A éstos los matan Ulises y Telémaco en una última ofensiva, con las lanzas sin duda que se perdieron en los disparos de los pretendientes, pues en el drimero de sólo tres dice dónde dieron, y en el segundo de cinco. Además, las que hirieron a Telémaco y Eumeo allí cayeron. Rematada así la descripción particular de la lucha con estos tres ataques, viene la descripción general. Atenea agita la égida. Ellos se quedan helados. Como vacas picadas por el tábano, así corren por toda la sala. Los otros los persiguen como buitres a los pajarillos, como buitres que bajan del monte y a los pobres pajarillos que temen las nubes y andan por la llanura los acometen y matan... sin fuerza ni escape... y gozan los hombres con la caza... Así estos acosaban a los pretendientes hiriendo a diestro y siniestro. Y se oía el gritar vergonzoso de las cabezas heridas y el suelo manaba sangre.

Todo recuerda la Ilíada: el argumento, el estilo, las comparaciones... Ya vimos allí que cuanto más épico y guerrero era el tema, más comparaciones había. Como aquí... No está demás advertir la simetría en la disposición interna de los dos encuentros de muerte. En el primero hay dos muertes principales, una menos principal y la descripción general; aquí hay dos ataques principales, otro menos principal y la descripción general. Y como esta segunda descripción general es ya el final de la batalla, está escrita con mayor relieve que la primera dando la impresión de fin y remate con las dos comparaciones, una de pánico mortal en los perseguidos y otra de desgarre arrollador en los perseguidores. El punto final de la lucha lo dan los gritos, lo dan las cabezas rotas, lo da la sangre que corre por el suelo.

Universidad Pontificia de Salamanca

d) *Escena cuarta: Las Súplicas.*

El poeta nos va a ir apartando lentamente, conforme a su costumbre, de este río de sangre y de muerte. Y para eso nos va a presentar tres súplicas: una de un adivino, otra de un aedo y otra de un heraldo. La primera será desoída, la segunda será atendida y la tercera atendida también. La primera será dramática, la segunda lírica y la tercera humorística. Así nos va apartando el poeta de la tragedia anterior. Crescendo poético.

Primera súplica, la de Leyodes. «Leyodes se agarró ansioso de las rodillas de Ulises y suplicándole le dijo estas aladas palabras: «Yo te suplico, Ulises: tú respétame y compadécete de mí. Porque yo te aseguro que nunca todavía he dicho ni hecho nada indigno a ninguna mujer en tu palacio, sino que hasta contenía a los otros pretendiendientes, si alguno hacía tales cosas. Pero no me hacían caso para contener sus manos de la maldad. Por eso por sus locuras han encontrado esta muerte indigna. Mas yo, el adivino entre ellos, sin haber hecho nada caeré también... pues no hay gratitud para los beneficios hechos».

—Mirándole torvamente le dijo el ingenioso Ulises: «Si ya entre ellos adivino confiesas que fuiste, muchas veces sin duda debiste suplicar en el palacio que estuviese lejos de mí el cumplimiento de mi dulce vuelta y que contigo se fuese mi querida esposa e hijos te diese. Por eso de la muerte dolorosa no has de escapar». —Así diciendo la espada cogió con mano robusta, la espada curva que Agelao había tirado a tierra al morir: con ella por medio del cuello le atravesó—. Hablando él todavía, su cabeza se mezcló con el polvo.

Súplica dramática por el contraste. Primero la insistencia de Leyodes, los motivos —que recuerdan los de Eurímaco— de inocencia propia y de concesión de culpabilidad ajena, el reconocimiento de la justicia de las muertes, la habilidad con que apunta a la gratitud... al adivino inocente que la defendió... Luego la no menor habilidad de Ulises en encontrar el punto flaco de su argumentación. Si eras el adivino entre los pretendientes, muchas veces debiste suplicar contra mi vuelta para llevarte a mi mujer... Por eso como ellos has de morir...

Este contraste causa emoción, con la nota final de que hablaba aún cuande su cabeza rodaba por el suelo. El arma con que le mata

Universidad Pontificia de Salamanca

es nueva. Es la espada que había soltado de la mano Agelao al morir. El aspecto negativo de esta primera súplica está sintonizado con la cercanía de las muertes anteriores y sugerido por las últimas palabras de Leyodes: «pues que no hay gratitud para los beneficios hechos»...

Segunda súplica, la de Femio. «El hijo de Terpes procuraba escapar la parca negra, el aedo Femio, que cantaba entre los pretendientes a la fuerza. Estaba sosteniendo con las manos la lira sonora cerca de junto al postigo. Dos cosas pensaba en su mente, o escabullirse de la sala e irse a sentar junto al bien construído altar del gran Zeus adorado en el patio, donde tantos muslos de bueyes habían quemado Laertes y Ulises, o saltar a las rodillas de Ulises y suplicarle. Y después de pensarlo, ésto le pareció lo mejor: cogerse de las rodillas de Ulises Laertíada. Efectivamente la lira hueca la dejó en tierra entre la cratera y el sillón de clavos de plata y él saltó hacia Ulises y cogió sus rodillas. Y suplicándole le dijo estas aladas palabras: «Yo te suplico, Ulises: tú respétame y compadécete de mí. Tú mismo lo has de sentir después, si a este aedo matas, que a los dioses y a los hombres canto. Autodidacta soy, y Dios me ha inspirado en mi mente toda clase de cantos. Yo espero cantarte a ti como a un dios. Por eso no tengas ansia de cortarme el cuello. El mismo Telémaco te lo puede decir, tu querido hijo, que yo no ciertamente por mi voluntad ni deseándolo entraba en tu casa para cantar en los banquetes a los pretendientes, sino que eran ellos muchos más y con más fuerza y me traían obligado».

«Así dijo, y le oyó la sacra potestad de Telémaco, y enseguida dijo a su padre que estaba cerca: «Tente, y no hieras a este inocente con el bronce... Y al heraldo Medonte salvemos también que a mí siempre en mi casa me cuidó siendo niño. Si es que ya no le ha matado el porquerizo o ha tropezado contigo cuando arremetías por la sala»...

«Así dijo, y le escuchó Medonte de prudente pensar. Agazapado estaba debajo del sillón con una piel que se había echado encima, de buey, recién desollada, evitando la muerte negra. Enseguida salió del sillón a toda prisa, se quitó la piel y arrojándose a Telémaco le cogió las rodillas. Y suplicándole le dijo estas aladas palabras: «O amigo, aquí estoy yo y tú detente. Y dí a tu padre que no me destroce con su mucho poder con el agudo bronce, irritado contra

Universidad Pontificia de Salamanca

los pretendientes, que le destrozaban sus posesiones en el palacio y a ti locos no te respetaban».

«Y sonriendo le dijo el de muchos recursos Ulises: «Ten confianza, pues ya éste te ha librado y te ha salvado, para que conozcas en tu corazón y aun se lo digas a otros cuánto mejor es hacer bien que hacer mal. Pero salid de la sala y sentaos fuera de la matanza en el patio, tú y el de muchos cantos aedo, para que yo trabaje en la casa lo que necesito». Así dijo, y los dos se salieron fuera, del tálamo yendo, y se sentaron junto el altar del gran Zeus, a todas partes mirando, la muerte esperando siempre»...

Junta el poeta las dos súplicas de signo positivo y nosotros las hemos querido conservar unidas también para sentir mejor su arte. El retrato del aedo de pie junto al postigo con la lira en la mano y pensando si saltar por el postigo y acogerse a sagrado en el altar de Zeus que estaba en medio del patio, o avalanzarse a los pies de Ulises para suplicarle, el cuidado con que deja la lira en el suelo entre la cratera y el sillón cercano que ocupaba siempre Leyodes, la decisión con que se arrroja a los pies de Ulises y el interés tan ingenuo con que le suplica haciendo valer su título de aedo y de tal aedo. —«Tú mismo te has de arrepentir si matas a un aedo como yo que canto ante los dioses y ante los hombres. No tuve maestro. Mi maestro ha sido Dios que me ha inspirado toda clase de cantos, y espero cantarte a ti como a un dios. Telémaco te puede decir que yo canté en tu casa ante los pretendientes obligado»... Esta verdad y esta sinceridad y esta noble elegancia nos está diciendo que Ulises no puede matar a un aedo como éste, personificación del ciego Homero, inspirado por Dios y no enseñado por hombres, para cantar con cantares inmortales a Ulises y a Aquiles como si fueran seres semidivinos.

Pero está demasiado cerca la matanza de los pretendientes y la súplica negativa de Leyodes para que Ulises le diga todavía que le perdona. Tiene que alejarlo más todavía el poeta, y por eso —sin contestar Ulises— mete el nuevo caso de Medonte unido con el aedo por el buen Telémaco: «Detente, padre, no mates a este inocente y salvemos también a Medonte, el que me cuidaba a mí de niño, si es que no ha perecido ya»... El aludido lo oye y sale de debajo del sillón donde estaba agazapado bajo una piel de buey. Ya dice el poe-

Universidad Pontificia de Salamanca

ta que era «prudente». «Aquí estoy —exclama— dile a tu padre que no abuse de su poder ni me destroce»... Esta situación cómica hace sonreir a Ulises... sonrisa precursora del doble perdón. «Ten confianza, para que veas que es mejor hacer bien que hacer mal... Podéis salir los dos —tú y el aedo»... Ahora ya está poéticamente preparado el ambiente para perdonar. Y perdona a un tiempo a los dos suplicantes de signo positivo— al aedo y al heraldo. Aunque ellos siguen todavía con el susto encima, mirando a todas partes siempre temiendo la muerte...

Y falta la mirada de conjunto a toda la matanza, para cerrar este cuadro. «Examinó Ulises toda su casa por ver si todavía algún hombre estaba escondido vivo, escapando de la muerte negra. Y los vió a todos, toditos, entre sangre y polvo caídos... ¡Tantos! —Como peces que el pescador ha sacado de la mar blanquecina a un costero recodo con la red de muchos agujeros, y ellos todos las olas del mar anhelando sobre las arenas yacen, y el sol brillante les quita la vida,... así entonces —¿cómo no?— los pretendientes unos sobre otros yacían».

Esta es la mirada de conjunto que hace el amo al caer de la tarde a la cosecha segada... y nosotros la hemos hecho con él. No queda vivo ninguno, el prudente Ulises no quiere dejar enemigos a la espalda. Todos han ido cayendo unos tras otros en los dos encuentros del arco y las armas. ¡Todos! ¡Y son 118! A unos los hemos visto caer en particular, a otros en globo. ¿Cuántos en particular? Tres en el primer encuentro y diez en el segundo. ¿Cuántos en globo? Todos los demás, que son 105. Es decir, 104, porque a Leyodes le hemos visto también caer en particular en el nuevo cuadro de las súplicas. Así compone Homero una matanza: destacando unos cuantos a primera línea, caracterizándolos con muertes típicas, y luego los demás como éstos... *Ab uno disce omnes*... Basta un botón para muestra...

Y al final una mirada de conjunto para verlos a todos —a los que cayeron en particular y a los que cayeron en general— como peces tendidos en la playa, anhelantes, suspirando por el mar y matados por el sol. Tendidos y amontonados... Es la comparación más expresiva, más típica y más gráfica. Es el broche de oro con que cierra las descripciones cumbres Homero, como Demóstenes en los momentos cumbres de su oratoria.

Universidad Pontificia de Salamanca

II.—La muerte de las mujeres.

El poeta la termina rápidamente. No es nada más que un complemento de la de los hombres. Sólo se fija en los rasgos típicos femeninos. Primero llama a Euriclea para que veamos sus sentimientos y los de Ulises ante la matanza pasada. Luego llama a las mujeres para que las veamos recogiendo a los muertos —sus cómplices— y limpiando la sala... y por ello presintamos su muerte. Y por último las cuelga de una soga para que mueran con muerte vil...

Llamada de Euriclea: «Entonces ya dijo a Telémaco el de tantos recursos Ulises: «Telémaco, mira, llámame a la nodriza Euriclea, para que la diga una cosa que tengo en la cabeza». Así dijo, y Telémaco obedeció a su querido padre. Y empujando la puerta dijo a la nodriza Euriclea: «Corre ya acá, anciana abuela, tú que eres inspectora de las mujeres —criadas nuestras— en el palacio. Ven. Te llama mi padre para decirte algo». Así habló, y su palabra —la de Euriclea— se quedó sin alas. Abrió las puertas de los confortables aposentos y salió. Y Telémaco por delante guiaba. Encontró enseguida a Ulises entre los matados cadáveres, de sangre y polvo manchado, como un león que habiendo devorado a un buey del establo se va. Todo su pecho y sus mejillas por ambos lados ensangrentadas están, terrible para mirarle a la cara. Así Ulises estaba manchado por los pies y las manos arriba. Ella en cuanto vió a los muertos, y aquella sangre sin fin, rompió en gritos de triunfo, pues una gran hazaña veía. Pero Ulises la contuvo y la paró en su afán de gritar. Y hablándola la dijo estas aladas palabras: «Alégrate por dentro, anciana, y deja, no grites. No es piadoso ante unos hombres muertos regocijarse. A estos los ha domado el destino de los dioses y sus impías obras. Porque no respetaban a ninguno de los hombres que habitan la tierra, ni malo ni bueno, que a ellos llegara. Por eso, por sus locuras indigna muerte alcanzaron. Pero mira, cuéntame tú las mujeres de mi palacio, las que me deshonran y las que son inocentes».

«Y le contestó a su vez la buena nodriza Euriclea: «Sí, yo te contaré, hijo, la verdad. Cincuenta mujeres tienes en los palacios, sirvientas, que enseñamos a hacer labores —cardar la lana y desempeñar sus oficios—. De ellas doce en total han pisoteado la vergüenza, ni a mí me respetan ni a la misma Penélope. Télémaco acaba de

Universidad Pontificia de Salamanca

llegar a la mayor edad y su madre no le permitía mandar a las mujeres de la casa. Pero, mira, yo subiré a las espléndidas habitaciones de arriba, y se lo diré a tu esposa, a quien algún dios ha mandado sueño». Pero contestándola la dijo el de tantos recursos Ulises: «No la despiertes todavía. Tú dí a las mujeres que vengan aquí, las que antes cometieron indignidades». Así dijo, y la anciana por el salón se fué a avisar a las mujeres y acelerar su venida».

La llamada de Euriclea tiene dos fines, uno de acción —dar cuenta de las mujeres infieles— y otro de impresión —ver nosotros por sus ojos por última vez la matanza y conocer su impresión y la de Ulises. Ella encuentra a Ulises entre los muertos como un león... Es la cuarta comparación épica que ha traído este trozo guerrero— el león, los peces, los buitres, las vacas —con toda la viveza y energía de detalles y toda la emotividad que caracteriza las comparaciones homéricas— Ulises manchado de sangre y polvo como león que ha devorado un buey en un establo y lleva todo el pecho y las fauces —mejillas dice el texto como para acentuar el contraste— llenas de sangre por ambas partes y está terrible para mirarle a la cara...» Es lo que ve Euriclea, y nosotros por sus ojos le vemos también. ¡Qué bien caracterizado Ulises para final de este cuadro! Como un león...

¿Qué siente? La anciana siente alegría irreprimible al ver cumplido lo que tanto había pedido al cielo y por lo que tanto había suspirado, según lo manifestó en las rapsodias anteriores. Alegría que se desborda en gritos de entusiasmo. Entusiasmo que en una anciana de corazón tan noble refleja la intolerable situación que estaban aguantando y lo imposible de resistir ya más. Pero que Ulises corta prudente con un consejo que nos refleja su nobleza de sentimiento: «No es piadoso regocijarse ante unos cadáveres... Su muerte es un castigo del cielo por sus crímenes. Yo no he sido más que un instrumento de los dioses...» Sentimientos y pensamientos que purifican a nuestros ojos la imagen sangrienta del héroe que más que vengador propio es vengador de los dioses...

Esta purificación la venía preparando el poeta con el perdón de Femio y de Medonte. Como luego purificará la casa, así ahora purifica al héroe. Purificación que se mantendrá en lo restante de la rapsodia —pues si da la orden de matar a las mujeres, no las mata

Universidad Pontificia de Salamanca

él mismo sino Telémaco— hasta desembocar en la tierna anagnósisis de las mujeres fieles.

Después de utilizar la llamada de Euriclea para darnos estas impresiones, el poeta la utiliza para la marcha de la acción: «¿Cuántas son las mujeres infieles? —De 50 que tienes, doce son en total. Pero voy a decírselo a tu esposa, a quien un dios ha mandado el sueño...»— «No, no la despiertes todavía. Llama a las mujeres malas que vengan aquí...» Así reserva hábil y poéticamente a Penélope para dedicarla luego una rapsodia completa; así satisface nuestro anhelo de que lo sepa, dándonos este timbre de lo que va a saber —no la despiertes todavía...— y así despeja poéticamente el escenario de estas malas criadas y termina la obra de expiación antes de que aparezcan en escena los dos esposos reconociéndose. Es arte de técnica e inspiración.

Ulises da las órdenes a los suyos. «Llamando a sí a Telémaco y al boyero y al porquerizo, les dijo estas aladas palabras: «Empezad ahora a llevar los muertos y pedid a las mujeres que os ayuden. Luego limpiar los sillones preciosos y las mesas con agua y esponjas de muchos agujeros. Y cuando ya hayáis arreglado toda la casa, sacando a las mujeres del bien sostenido salón, entre la rotonda y la limpia pared del patio, matadlas con espadas de fino corte hasta que hayáis arrancado las vidas de todas y se hayan olvidado del amor de Afrodita que tenían con los pretendientes mezclándose ocultamente».

«Así dijo, y las mujeres en grupo vinieron todas, tremendamente lamentándose, derramando grandes lágrimas. Primero, pues, llevaban los cadáveres muertos, y bajo el pórtico los colocaban del bien cercado patio, sosteniéndose unas con otras. Las órdenes las daba Ulises en persona apresurando. Y ellas los llevaban aunque a la fuerza. Luego los sillones preciosos y mesas con agua y esponjas de muchos agujeros limpiaron. Y Telémaco, el boyero y el porquerizo con unas azadas rasparon el suelo de la casa firmemente hecha. Y ellas llevaban todo afuera y lo echaban fuera de la puerta».

El dramatismo de estas órdenes está en saber nosotros la suerte de estas mujeres antes de que ellas entren en escena y antes de que ellas la sepan, y estar por lo tanto nosotros viéndolas actuar con la sentencia amenazante sobre sus cabezas. Está también en la sintoni-

Universidad Pontificia de Salamanca

zación entre el oficio que cumplen y la sentencia que les espera, oficio que parece hacerles presentir su muerte. Por último su encanto está en la naturalidad de la escena —una limpieza de casa— sobre todo después de una matanza tan sangrienta, limpieza en que intervienen hombres y mujeres, con los rasgos típicos de cada uno— ellas cargando con los muertos apoyadas unas en otras, llorando, a la fuerza... lavando con agua y esponjas las mesas y los sillones. Ellos raspando el suelo con azadas... Y Ulises mandando y urgiendo... La orden de Ulises de llevar las mujeres a la esquina del patio y allí matarlas a espada... al mismo tiempo que suscita el interés prepara el contraste del tormento vil que sigue ahora.

«Cuando ya pusieron en orden todo el salón, sacando a las criadas del salón bien sostenido en medio de la rotonda y de la limpia pared del patio, las encerraron en una estrechura de donde no era posible escaparse. Y el prudente Telémaco empezó así hablando a sus amigos: «No será con muerte digna con lo que yo quitaré la vida a éstas que han echado la infamia sobre mi cabeza y la de mi madre y han dormido con los pretendientes». Así dijo, y atando el cable de una nave de negra proa a una grande columna la arrolló a la rotonda y la ató bien alta, para que ninguna llegase con los pies al suelo. Como cuando los tordos de anchas alas o las palomas en una red caen —oculta en un matorral— al ir a su albergue a dormir, y los recibe terrorífica cama, así ellas en serie las cabezas tenían, y alrededor de sus cuellos dogales había, para que lo más lastimeramente muriesen. Y sacudieron sus pies —cómo no— un poquito, que no mucho, no...»

Este choque inesperado entre el morir a espada como había dicho Ulises y la nueva muerte discurrida por Telémaco para que mueran más vilmente, aumenta la impresión de este cuadro, cuyo interés está en la novedad —la muerte a espada ya la hemos visto más adelante en la muerte de Leyodes— en cambio la horca es nueva. Por otra parte lo ingenioso de la horca y el contraste de las comparaciones emotivas de los tordos y las palomas que van a dormir y se encuentran con la red —terrible cama— impresionan el ánimo. ¡Y están tan bien sintonizadas!... Por último el detalle de los pies moviéndose en el aire ¡qué expresivo!

Dijimos más arriba que la colgadura de Melancio en el techo de aquel cuarto era un timbre de este nuevo tormento de las mujeres.

Universidad Pontificia de Salamanca

Que ello es así se ve claramente de que el poeta une las dos muertes. Nada más ahorcar a las mujeres «sacaron a Melancio por el zaguán y el patio. Le cortaron las narices y las orejas con el impasible bronce, le mutilaron dando a comer crudas a los perros sus carnes, y las manos y los pies le cortaron con irritado ánimo».

Es una nueva clase de muerte, más vil todavía que la de las mujeres, y en consonancia con la vileza del ajusticiado: vileza por su condición social y vileza mucho mayor por su ánimo. Son sus compañeros de oficio los que la ejecutan y es Telémaco. Ulises queda alejado. Así termina la matanza tan graduada, tan variada, tan en crescendo. Y siempre tan bien fotografiada y tan emotivamente impregnada.

Luz en las tinieblas.

Lo que falta ya no es más que completar la purificación de Ulises y cambiar de disco la trama. Los indignos y las indignas ya han muerto, ahora falta premiar a las dignas y a los dignos. Las dignas son las criadas fieles, la digna es Penélope, los dignos son Laertes y sus criados fieles. Empieza la fase de luz después de la noche. Empieza la fase de alegría después de la pena. Empieza la manifestación clara y patente de Ulises, ahora que el incógnito ha dejado de ser ya una necesidad.

El cambio hábilmente lo hace el poeta: «Ellos lavándose luego las manos y los pies se fueron a Ulises a casa y quedó terminada la hazaña. Entonces Ulises dijo a la buena nodriza Euriclea: «Trae azufre, anciana, purificador de suciedades, y tráeme fuego para que azufre la sala. Y tú dí a Penélope que venga aquí con sus doncellas y dí a todas las criadas que vengan pronto a la sala.

Y la buena nodriza Euriclea le respondió: «Sí, ya, todo esto, hijo mío, muy bien lo has dicho. Pero mira, voy a traerte un manto y una túnica para vestirte, y para que no estés así cubierto con andrajos en tus anchas espaldas por el palacio. Reprensible sería».

Y contestándola la dijo el de tantos recursos Ulises: «Que me hagan fuego ahora lo primero en casa». Así dijo, y no desobedeció la buena nodriza Euriclea. Trajo fuego y azufre. Y Ulises azufró bien la sala, la casa y el patio.

Y la anciana se fué por la hermosa morada de Ulises a anun-

Universidad Pontificia de Salamanca

ciárselo a las mujeres y a apresurar su venida. Y ellas salieron de su aposento con luces en las manos. Ellas —¿cómo no?— rodeaban y abrazaban a Ulises, y le besaban —dándole la bienvenida— la cabeza y los hombros y las manos cogiéndole. Y a él le sobrevino el deseo del llanto y gemido, porque las iba reconociendo en su ánimo a todas».

Preciosa iluminación de este final de rapsodia. El fuego dice luz, y la luz brilla ya en el ambiente. El azufre dice purificación, y el ambiente está ya totalmente purificado con la simpatía del reconocimiento de Ulises tan conmovido. Las muestras de cariño son intensísimas como para desagraviarle de tantas infidelidades y desamor de las criadas malas. Y esto no es más que el vestíbulo del reconocimiento de Penélope en la rapsodia siguiente, hábil y poéticamente dejada para después por el poeta para darla toda la amplitud e importancia que se merece. Ulises llora. Bien puede llorar ahora que ha terminado la hazaña más difícil de su vida y empieza a disfrutar de la paz del hogar por la que tanto ha suspirado.

La visualidad, la selección, la rapidez y la alternancia son cuatro notas características del cine. En las cuatro Homero no tiene rival. Por eso al leer sus rapsodias más se ve en la pantalla de la imaginación que se oye por los oídos. Y por eso viene a los labios muchas veces esta pregunta: ¿Esto es cine o es literatura?

ENRIQUE BASABE, S. J.

Universidad Pontificia de Salamanca